

Con lo dispuesto por Castro quedaría, hasta bien entrado nuestro siglo, perfectamente marcada y acotada (desde Atocha a poco más arriba de la Fuente Castellana) la nueva y relevante posición urbana de este eje, incluso en el aspecto social: cuando confiere al flamante barrio que crea en torno a la Fuente Castellana el carácter de aristocrático y anuncia que «sería indudablemente bello por su aspecto y llenaría el vacío que hoy se nota en Madrid de habitaciones independientes para nuestra grandeza y altos funcionarios». No deja de ser curioso observar hasta qué punto la alta sociedad madrileña satisfizo puntualmente las expectativas de Castro: el Paseo de la Castellana, a partir de entonces, conoció una rápida proliferación de lujosos *hoteles* –esas «habitaciones independientes»– y palacetes, cuando no auténticos palacios; en ellos se expresaba un inequívoco gusto francés, siendo a menudo verdaderas arquitecturas de importación.

En el último tercio del siglo se materializó la apropiación de este eje por la ciudad, constituyendo un singular mirador de las arquitecturas del poder: rápidamente, junto a la muchedumbre de palacetes, se encumbraron a lo largo del mismo las grandes y enfáticas construcciones del período alfonsino; de manera especial en el Paseo del Prado y de Recoletos, con sus importantes edificios y elementos arquitectónicos del siglo XVIII, se hizo hincapié en conseguir, conjugando lo nuevo con lo antiguo, una espectacular zona monumental.

En el plazo de muy pocos años aparecieron los más elocuentes edificios, básicos en la imagen de Madrid; sólo entre 1891 y 1898 se terminaron de construir: los de las grandes instituciones financieras del Banco de España –de Eduardo Adaro– y de la Bolsa –de Enrique María Repullés–, ambos en el Salón del Prado, al que conferían sus formas clasicistas; el de la nueva estación de Atocha, de Alberto del Palacio, con su espléndida exhibición de arquitectura del hierro en la gran marquesina; el del palacio de Bibliotecas y Museos Nacionales, de Jareño, de un neoclasicismo severo y de inspiración *schinkeliana*, en Colón; los eclécticos del Ministerio de Fomento y del Colegio Nacional de Ciegos, ambos de Velázquez Bosco y cada uno de ellos situado en un extremo del eje.

Poco después, en los primeros años del siglo XX, se conformó arquitectónicamente el ámbito del Salón del Prado, cuyas dos fuentes extremas habían sido desplazadas al centro de sus respectivas glorietas. En Cibeles, punto de encuentro de los dos ejes cardinales de la ciudad, la portentosa personalidad del arquitecto Antonio Palacios conseguía formalizar el enclave con la sólida presencia urbana de la Casa de Correos; su difícilmente clasificable arquitectura introducía, por otra parte, una arriesgada disonancia en ese ámbito clasicista. En el otro extremo –Neptuno–, que hasta la fecha sólo contaba con el palacio de Villahermosa

(de principios del XIX), los tres magníficos solares disponibles fueron ocupados uno por el edificio del conde de Bugallal –del propio Palacios– y los otros dos por los grandes hoteles de lujo Ritz y Palace, de importado estilo *francointernacional*, «como si el Prado –ha escrito Chueca Goitia– fuera el Paseo de los Ingleses, de Niza» (como quiera que fuere, ambos hoteles constituyeron en su derredor un ambiente cosmopolita –que se fue alimentando en los años de la Primera Guerra Mundial– hasta entonces desconocido en Madrid).

El gusto francés hizo furor en la aristocracia madrileña de la *Belle époque*, que había levantado en el Paseo de la Castellana y sus alrededores más y más palacetes de ese inconfundible estilo, muchas veces sustituyendo a otros, de corta vida, que se consideraban ya pasados de moda. Pero otras veces, lo que imperaba era la impronta del desastre del 98, que se dejaba ver en la querencia del esplendor perdido del Renacimiento español –el consabido «estilo Monterrey»–; por citar dos ejemplos de los que no se han demolido: el palacete Adcoh, de López Sallaberry y el palacio Bermejillo, de Laredo y Reynals, hoy sede del Defensor del Pueblo.

Estos y otros extremos estilísticos apuntaban también las casas de pisos de alquiler que, poco a poco, iban comiendo terreno a los palacetes rodeados de jardines y usurpando el original carácter de vía-parque del Paseo de la Castellana. De las primeras en edificarse fueron las que hacen esquina con Ortega y Gasset que, pareciendo querer respetar ese aire de calle-jardín se retranqueaban de la alineación con una verja; luego irían apareciendo magníficos y variopintos edificios residenciales (los del italianizante Fernando Arbós, los varios que levantó Palacios, etc.). El aire ecléctico de esta prolongada exposición de arquitecturas se alimentaba, conforme avanzaba el siglo, con las más dispares tendencias, que coexistían en cortés vecindad; para el diario *ABC*, por ejemplo, Aníbal González construyó en 1926 la falsa y *sevillana* fachada de los talleres, y Anasagasti, en estilo «Escuela de Chicago», levantó seis años más tarde las oficinas del mismo. No tardaría Zuazo en proyectar, con el ingeniero Torroja, la vanguardista experiencia en hormigón del desaparecido Frontón Recoletos; mientras tanto, en el extremo norte, en los altos del hipódromo que –desde finales de siglo– era el cierre del Paseo de la Castellana, florecía uno de los mejores momentos de la arquitectura madrileña en la juanramoniana «Colina de los Chopos»: la Residencia de Estudiantes.

Así, llegados los años treinta, el eje de la Castellana, con su amable movimiento de alineaciones y sus amenas arquitecturas, mantenía una privilegiada apariencia urbana, de reconocido rango entre las ciudades europeas. «La Castellana –dijo por entonces Gómez de la Serna– es un paseo para los que no tienen ninguna preocupación».

El crecimiento norte

Desde principios de siglo se acariciaba la idea de un nuevo plan de crecimiento para Madrid; pero no fue hasta el concurso del 29 cuando se cristalizó en un proyecto clave para el futuro de la ciudad: el que Zuazo, en colaboración con el alemán Hermann Jansen, propusiera con la prolongación del Paseo de la Castellana, más allá del hipódromo que hasta entonces la cerraba en fondo de saco; el nuevo eje, enlazando con la carretera de Francia, se convertía de hecho en la principal vía madrileña. Zuazo y Jansen, muy cercanos a las contemporáneas investigaciones centroeuropeas, pergeñaron su plan sobre la estructura residencial, tomando la vivienda como célula primordial en la constitución del tejido urbano.

Con el advenimiento en 1931 de la Segunda República, el gobierno de Azaña acogió la idea y puso la *primera piedra* de esta prolongación: la construcción del conjunto de los Nuevos Ministerios, en el espacio que dejaba libre el hipódromo; el encargo del proyecto recayó en el propio Zuazo. La obra, en que se involucraba muy particularmente el ministro Indalecio Prieto, revestía una descomunal magnitud: frente a lo que el monasterio de El Escorial había significado para la recién derogada monarquía, se trataba de construir El Escorial de la República; para ello Zuazo llevó a cabo una concienzuda investigación de la fábrica herreriana. El proyecto, limpiamente compuesto desde los principios clásicos, procuraba un claro valor ordenador de la nueva vía: citemos, por ejemplo, su empeño en construir en primer lugar (en previsión de que por *innecesaria* no se construyera más tarde) la larga arcada entre la Castellana y la *lonja* interior (hoy convertida en aparcamiento). El estallido de la Guerra Civil detuvo las obras, y tras ésta Zuazo fue separado de las mismas no respetándose enteramente su proyecto.

Tras la contienda, el nuevo régimen –aun con los pertinentes cambios– hizo suya la voluntad de llevar a cabo y desarrollar esta prolongación: la nueva «avenida del Generalísimo», incorporada a una de las tres simbólicas entradas a la ciudad que a la sazón se habían propuesto. En el plan de Pedro Bidagor, de 1941, consta el interés del nuevo orden por este eje, explícitamente indicativo de la capitalidad del Estado; rechazando el trazado serpenteante –ajustado a la vaguada– que se había seguido anteriormente, se trazó una gran avenida rectilínea, a modo de larga fachada que ocultaba los barrios obreros que quedaban a su izquierda. En este plan se introducía ya un germen que luego proliferaría: el establecimiento –a continuación de los Nuevos Ministerios– de un enorme centro comercial, impregnado en sus arquitecturas de cosméticos recursos *neo-herrerianos* (en el extremo opuesto del análisis llevado a cabo por Zuazo): el futuro AZCA.